

edad, hermosa como la pureza, gritaba al pie de la escalera:

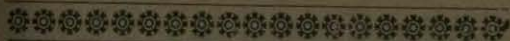
—¡Mamá, mamá! ¡Ya llegó mamasita!

—La misma cara de mi Adela. Es su hija. Dice bien el portero, fui fusilado y no tengo derecho á la vida; mas hoy me hieren de nuevo con herida peor que la primera. No turbaré la ajena dicha.

Suspiró, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y clamó después de brevísimas interior lucha:

—¡Adiós para siempre, Adela mía!

Desde entonces nada se ha vuelto á saber del capitán Gallardo.



PALABRA DE HONOR

I

Catorce años contaba Víctor, simpático muchacho en cuyos vivísimos ojos al través del regocijo y travesura de la edad, brillaba una chispa de varonil grandeza. El moreno rostro, afable y de bellas facciones, tomaba á veces un aire de marcial gravedad. El y su hermana Eloísa, eran el más valioso tesoro de la opulenta casa de don Bibiano Méndez, varón ilustre por su literaria cultura y muy estimado por su caritativo corazón.

Don Bibiano consagró á la educación de sus hijos con heroica perseverancia, y especialmente á la de Víctor, pues infundíanle temores los arraigados defectos de los hijos de sus amigos; defectos que, en opinión del señor Méndez, podían

oficialmente corregirse con una esmerada educación. Alarmaba, sobre todo, al observador padre, la falta casi absoluta de viriles caracteres que en alta estima tuviesen la humana dignidad, y en las cuales en oportuno tiempo se imbuyese un vivo sentimiento del verdadero honor, del honor cristiano que lo sacrifica todo ante el ara del deber.

Preocupábale tanto á don Bibiano este pensamiento, que con discreción, pero constantemente, enseñaba á su hijo cuanto redundase en pro de los paternos anhelos, y sobre todo, más que con la palabra, enseñábanle con el ejemplo.

En cierta ocasión ofrecieronle al padre por una finca de su propiedad una fuerte suma. El negocio era bueno y contestó al comprador: Es de usted la finca. Media hora después presentóse ante el señor Méndez otro comprador ofreciéndole doble cantidad que el primero, pues la codiciada propiedad, por especiales circunstancias era de gran interés para uno y otro de los compradores.

—Está vendida, contestó don Bibiano.

—Pero aún no hay minuta de contrato, objetó el interesado.

—He dado mi palabra.

—Nadie puede obligar á usted á cumplirla, cuando no se ha otorgado documento alguno legal. Es una locura que usted

se prive de la lícita ganancia de algunos miles de duros.

—Mi palabra vale más que minutas y públicos instrumentos, respondió con seriedad el señor Méndez. Repito á usted que la casa está vendida y no faltaré á mi palabra ni por todo el oro del mundo.

El comprador encogióse de hombros, y salió del despacho del señor Méndez, admirado, no de su dignidad y honradez, sino de lo que él llamaba estúpida obstinación.

Victor había presenciado tal escena, y estuvo, durante ella, colgado de los labios de su padre. Cuando salió el comprador, dijo con íntima persuasión:

—¡Vaya un señor terco, papá. No sabe lo que es palabra de honor!

El padre se sonrió satisfecho. No necesitaba decir nada, el hijo había recibido la lección, y tan bien la aprendió, que á la semana siguiente la repitió en el colegio. Vendió una pelota á un compañero, y después de ajustado el trato, otro llegó á ofrecerle por ella hasta tres veces más que aquel; pero el formal Victor no sólo rechazó indignado la oferta, sino que reprehendió severamente al estudiante que se atrevía á proponerle que un hombre faltara á su palabra.

II

Eloísa estaba muy entusiasmada por ofrecer flores á la Virgen en el mes de Mayo. Sería el último año de tal gozo, pues los purísimos días de la niñez desprendíanse de ella para no volver jamás. Su padre pagaba anualmente los gastos de un día, y la función religiosa celebrábase con la mayor posible pompa. En la mañana de ese día, Eloísa dijo á su hermano:

—¡Qué gusto me daría, Víctor, llevar esta tarde á la Virgen un ramo de azucenas, de aquellas que cortamos en la cumbre de la montaña, cuando fuimos á pasearnos con papá!

—¿Por qué no las has de llevar, Eloísa? Yo te las traigo.

—¿Tú?

—Sí; hoy es sábado, no tengo clase en la tarde; acabando de comer subo al cerro, corto las flores y antes de las cinco las tienes en tu poder, para que en nombre de ambos las ofrezcas á la Purísima Virgen.

—¡Qué bueno eres, Víctor! ¿Me lo prometes?

—¡Palabra de honor!

La niña conocía bien á su hermano. había dado su palabra y esto era tanto como tener ya las flores en la mano.

Después de la comida, don Bibiano, sin

que lo advirtiera Víctor, salió de casa á urgente negocio, motivo por el cual, éste no pudo solicitar el paterno permiso para ir á traer las flores; pero encargó á Eloísa avisara á su padre de la causa que le obligaba á salir sin previa licencia.

La tarde era bella, pero muy calurosa, y Víctor llegó al pie de la montaña sudando á chorros; reposó unos momentos y luego emprendió decidido la ascensión por el camino más corto, pero más pendiente y escarpado. En trechos tenía que asirse de las rocas para poder trepar la cuesta. En una de estas veces desencajó la piedra que le sirvió de apoyo y asido de ella rodó hasta el fondo de un despeñadero. Cayó de bruces é incorporóse luego, se llevó las manos á la cabeza, que le dolía mucho y las retiró empapadas en sangre.

El corazón le dió un vuelco, tuvo miedo y ganas de llorar, pero la reacción fué inmediata. Los hombres no lloran, se dijo, y púsose en pie para probar sus fuerzas.

Aún tengo aliento para subir, exclamó, y subiré, cuéstemme lo que me costare. Y sin vacilar emprendió de nuevo la peligrosa ascensión. Tramos había en los que el valiente muchacho necesitaba para no caer, arrastrarse por el suelo, hasta que al fin, exhausto de fuerzas, con el traje hecho pedazos y los pies, manos y cabeza ensangrentados, llegó á la cima de la mon-

taña. Algunos momentos después Victor ostentaba en la diestra un gran ramillete de fragantes azucenas, y emprendió el regreso por otro camino mucho menos peligroso.

III
Las graves notas del órgano acompañan el tierno canto:

Venid y vamos todos
con flores á porfia,
con flores á Maria,
que Madre nuestra es.

Una multitud de niñas vestidas de blanco y coronadas de azahares suben las gradas del presbiterio del altar mayor, llevando flores á la Virgen. El celestial atractivo de la inocencia y la sencillez del piadoso acto conmueven todos los corazones. Eloísa no se mueve de su lugar, está triste, y por salir á sus ojos pugnan las lágrimas. De vez en cuando vuelve la rizada cabecita hacia la puerta principal. Inútil esperar, Victor no llega! Tardanza tal es muy extraña.

De repente, abriéndose paso por entre la compacta muchedumbre, avanza un niño que lleva un ramo de azucenas en la mano. Algunas devotas al verle desgreña-

do, roto y con manchas de sangre, tómanle por un pilluelo, y quieren en vano contenerle, pues el niño por la fuerza se abre paso y llega hasta donde está su hermana. Pone en manos de ésta el ramillete y dicele:

—He cumplido mi palabra, aquí tienes las azucenas para la Virgen.

—Pero ¿te han pegado? contestó la niña asustada.

—No te alarmes, fué una caída que no vale la pena. Arrodióse, saludó á la Virgen y salió luego del templo, porque ya no pudo más, estaba desfallecido. Con un poco de descanso y algunas curaciones, estaría bueno y vigoroso, como en efecto lo estuvo.

Eloísa subió al presbiterio y al poner el ramo en manos del párroco para que las colocara en el altar, vió en la aterciopelada blancura de algunas corolas, manchas rojas! Adivinó cuanto había pasado, y clavando una tierna y profunda mirada en la imagen de la Purísima, dijole, no con los labios, sino con el alma:

—Madre, allí están tus flores; van bordadas con la sangre que te ofrece mi hermano. Consérvale su honor siempre inmaculado.